

Reserva nacional:

Al norte de la provincia de Chubut y como queriendo escapar de la meseta patagónica, penetra en el Atlántico, al sur del golfo de San Matías, la península de Valdés. Su estrecho istmo denominado Florentino Ameghino en recuerdo del ilustre científico argentino, conduce al visitante luego de algunos kilómetros de buen camino hacia un paraíso ignorado por la mayoría de nuestros connacionales.

En Valdés el tiempo se detiene y hasta retrocede. Por los campos corren al igual que milenios atrás, guanacos con sus chulengos, avestruces con sus crías, martinetas copetonas en bandadas y teritos de agua. En las playas pueden observarse decenas de cientos de lobos y, en Punta Norte, la gran concentración de elefantes marinos, único apostadero de esta especie en el continente suramericano.

En el último decenio mucho se ha hablado de esta región patagónica. Los conservacionistas de todo el mundo han elevado un clamor unánime contra la falta de preocupación por parte de las autoridades argentinas en proteger los valiosos recursos naturales renovables que se aprecian en

la península. Leyes proteccionistas nunca faltaron; sí, en cambio, faltó dinero y eficiencia en hacerlas cumplir.

El brusco descenso de la población en la elefantería, la gran matanza de lobos —autorizada por el Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Nación durante la década 1940-1950— y la invasión de turistas —despiadada y sin cultura conservacionista alguna—, contribuyeron a que de todas partes del mundo se hiciera llegar una fuerte presión al Superior Gobierno de la Nación. Es evidente que la península de Valdés, por lo peculiar de su estructura geográfica y climática, constituía un reservorio sin igual para formar un parque nacional que dependiera de la Dirección General de Parques Nacionales. Desgraciadamente esta institución nacional —obra del ingenio del Perito Moreno— y que ha sido ejemplo para muchas legislaciones de otros países, ha contado con la incompreensión de no pocos gobiernos, y cada año ve disminuir sus posibilidades ante el estancamiento del presupuesto y el aumento de los parques. Debido a ello y también a la fuerte presión que contra sus

valores ejercen los intereses de turismo, caza y pesca, se ha llegado a hablar incluso de su desjerarquización, lo cual sería indudablemente un retroceso en el progreso nacional y un ludibrio para el país ante las naciones hermanas.

Valdés quedaba entonces a merced de una invasión turística, en aumento progresivo diario, y sin nadie que se ocupase de ella. Fue entonces que el Gobierno del Chubut a través de su Dirección de Turismo y previa consulta con especialistas, obtuvo la licencia para crear reservas provinciales, que si bien pequeñas e insuficientes, si se considera toda la península, son más que suficientes para proteger "prima facie" las concentraciones faunísticas más interesantes.

Sancionada la ley provincial se procedió de inmediato a la instalación de guardaparques y a la construcción de refugios que permitieran a los turistas un agradable rato de esparcimiento bajo el control educativo de guías experimentados. Las reservas quedaron de este modo protegidas contra la depredación de la incultura y al servicio de la co-

Península de Valdés

munidad. Un ejemplo más de lo que puede el esfuerzo local.

Queda tan sólo lograr ahora que el Gobierno Nacional declare zona de prioridad proteccionista a toda la península y ayude al gobierno local a realizar las construcciones necesarias para custodiar en forma eficiente el ingreso a través del istmo.

Las reservas provinciales de la Península de Valdés cuentan con un comité asesor de especialistas, entre ellos hombres de la Dirección de Parques Nacionales, que asegurarán el correcto control de la fauna local. Deberían también tenerse en cuenta, en la política turística, a los dueños de campo que en forma laudable vienen invirtiendo capitales año tras año, en busca del progreso de esta región árida y distante. Han sido ellos, en el último siglo, los custodios de esta riqueza.

Uno de los hombres a quien la península de Valdés más debe es el ingeniero Emilio Ferro cuya estancia La Adela es un modelo entre los de su género. Durante años, don Emilio viene luchando en pro de la protección de la península para que la riqueza que ella contiene sirva a la nación y le rinda beneficios, explotada en forma inteligente y de acuerdo a

la mentalidad conservacionista internacional.

Quien quiera apreciar un reservorio sin igual, carente de toda interferencia de civilización, no tendrá más que trasladarse a la península y recorrer sus playas. Sobre un canto pesado que dificulta la marcha y bajo la caricia del viento patagónico, siempre frío, podrá convivir con manadas de lobos y grupos de elefantes cuyos gestos, por momentos, recuerdan al hombre —al menos en cuanto cuerpo— de una ascendencia común. Tal el típico rascado con la aleta mientras el elefante reposa con el vientre al sol. Sentirá la emoción de sentirse corrido por alguno de estos monstruos de más de tres metros de envergadura o aspirará con fruición el tufo dejado por un conjunto de cien o más lobos huyendo al mar.

Si su viaje coincide con la época de celo de las ballenas, tendrá la oportunidad de observar, cómodamente sentado tras del barranco protector que cae a las aguas transparentes del golfo de San José, el juego de amor de estos inmensos cetáceos. Se sentirá entonces transportado a un mundo de ensueño sólo interrumpido por la sangrienta irrupción de algún

conjunto de orcas que en escasos instantes disuelven la armonía ambiental provocando el pavor en las poblaciones animales.

El visitante puede también aventurarse en las regiones dedicadas a la caza submarina, verdadero mundo de fantasía sólo vedado a los no iniciados en la técnica de la pesca y exploración bajo agua. Además podrá explorar las pingüíneras y dialogar con los simpáticos pájaros-peces que en gran cantidad y armonía habitan algunos puntos de la reserva.

Lo único necesario para poder llevar adelante este atrayente programa consiste en que quien entre en esta región recuerde que la belleza que se brinda está puesta por el Creador para alegría y esparcimiento de la comunidad, para elevar el espíritu y darle gracias por tanta hermosura, y que los animales tienen derecho a ser respetados y cuidados, ya que están al servicio del hombre.

Muchos argentinos han luchado para que Valdés sea lo que ahora es. Que quien visite tan interesante reserva prosiga con la línea antedicha y cuidando las bellezas de su tierra.

Mariano N. Castex S.J.